MIGUEL DELIBES, EL HETERODOXO

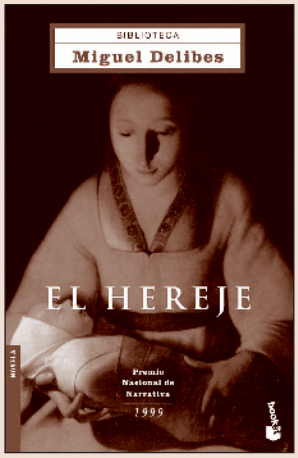
Ángel García Galiano. Universidad Complutense.

RESUMEN: Análisis de la obra *El hereje*, en el contexto histórico que relata en la novela y desde la producción global de Delibes como novelista. La conclusión es que se trata de una obra muy digna cuando trata el espacio íntimo de la casa o el amor por la naturaleza, es decir, los territorios más queridos del autor, pero que naufraga gravemente allí donde la novela exige una dimensión verdaderamente histórica y religiosa de una razonable profundidad.

Palabras clave: Delibes, luteranismo, inquisición, novela española del siglo XX.

Abstract: Analysis of the work The heretic, in the historical context that recounts in the novel and from the global production of Delibes as a novelist. The conclusion is that it is a work very dignified when is the space intimate of the house or the love of nature, i.e. the territories most beloved author, but that sinks seriously where the novel requires a truly historic and religious a reasonable depth.

Keywords: Delibes, Lutheranism, Inquisition, Spanish novel of of the twentieth century.



Ya en *Cinco horas con Mario* cualquier lector podía encontrar una cierta identificación entre aquel personaje entrañable, desnortado y heterodoxo con el propio autor de la novela, recurso este muy querido por Delibes, no porque pretendiera hacer autobiografía en sus ficciones, sino porque ponía buena parte de sí en sus creaciones más entrañables, piénsese en el Lorenco cazador de su *Diario*, o, aún más claro, en el pintor acabado, melancólico y enamorado de *Señora de rojo sobre fondo gris*, otoñal evocación de su esposa prematuramente muerta. Que Miguel Delibes era católico y vallisoletano, no se le oculta a nadie, como tampoco el que, en su ámbito más público y político, como periodista, director del Norte de Castilla, dignificó con honradez esta profesión y se mantuvo, durante el franquismo, en una actitud alerta y no claudicante ante la ideología impuesta desde arriba, como muy bien ha explicado su discípulo César Alonso de los Ríos en varias obras.

No creo, en cambio, que Delibes coqueteara nunca, al margen de la sana heterodoxia liberal postconcialiar, con postulados reformistas o evangélicos, la prueba es su epidérmico conocimiento de los postulados teóricos de la Reforma, tal y como se concretan, narrativamente, en la que fue su última y muy exitosa novela, un verdadero canto de cisne, pues es sabido que los últimos largos años de su vida Delibes los dedicó a su faceta más íntima, asolado, además, por la enfermedad, de modo que, ciertamente, *El hereje*, de 1999, auténtico *best-seller* y cosechador de toda suerte de elogios críticos y aceptación popular se convirtió en el epítome de una trayectoria muy digna, que se incoó a mediados de los 40 con el premio Nadal, *La sombra del ciprés es alargada*, novela llena de frío, soledad y pesimismo, como la España contemporánea y mísera que retrata, y alzó el vuelo con *El camino, Las ratas, La hoja roja*, y toda una serie de novelas más que admirables, con las que Delibes construyó un imaginario propio, muy propio, al mismo tiempo que daba cuenta desde el lenguaje hasta el alma (valga la redundancia) de un tipo muy preciso de sociedad, la castellana, y de personaje, el campesino de la meseta, el pequeño burgués de la ciudad provincial (el ya citado Mario, y Lorenzo, el cazador, o el ínclito protagonista de *Mi idolatrado hijo Sisí*).

Sorprende, por ello, que Delibes se embarcara en una tan ambiciosa aventura como la de *El hereje*, primero porque nunca había practicado la novela histórica, y segundo, porque en su lectura, sobre todo las muy endebles (desde el punto de vista teológico) primeras cincuenta páginas, se advierte un notable desconocimiento del fenómeno religioso y anímico que se atrevió a novelar, en el contexto del Auto de fe llevado a cabo en Valladolid por la Inquisición, apenas se verificó la subida al trono de Felipe II, quien decide, de un plumazo, y por las bravas, terminar con los focos de heterodoxia en la península. La conclusión a la que he llegado, amable lector, es que se trata de una obra muy digna cuando trata el espacio íntimo de la casa o el amor por la naturaleza de su protagonista, es decir, cuando persevera en los territorios más queridos del autor, pero que naufraga gravemente allí donde la novela exige una dimensión verdaderamente histórica y religiosa de una razonable profundidad.

Voy a enderezar estas líneas para intentar explicar tan, a priori, ciertamente duro juicio.

La pregunta que uno se hace al terminar de leer esta novela es: ¿justifican las cien magníficas páginas finales de esta novela, que retratan en prosa tensa y soberbia el Auto de fe acaecido en la ciudad de Valladolid el 21 de mayo de 1559, el resto de la obra, en la que se nos narra, pormenorizadamente, las vicisitudes domésticas de la familia Salcedo? Yo no estoy tan seguro, pues no hay nada, salvo el título, que presagie el cariz de terror apocalíptico en que se va a precipitar la vida del bueno de don Cipriano Salcedo, fabricante de zamarros, aficionado a la caza, moderado y rutinario cristiano escrupuloso, pero infinitamente más preocupado por su vida marital y estéril con Teodomira, *La reina del páramo* (título obtenido en su aldea como consecuencia de su habilidad para trasquilar ovejas), que por las disquisiciones teológicas que acaecen en un convulso y revolucionado entorno, primero erasmista, luego luterano, que apenas si la novela recibe (salvo al final y en un Preludio no excesivamente feliz, como veremos) en sordina y como marea de fondo, mucho más preocupada por construir a su personaje, un burgués castellano, huérfano de madre, odiado por su padre que lo recluye, para su educación, en un hospicio...

(Abramos un paréntesis: ¿son necesarias las cien páginas que dedica a las transacciones económicas del padre, acarreando lana en las yuntas hacia los puertos del norte, y a los problemas –también- de esterilidad en su matrimonio para conformar la personalidad del "hereje"? ¿Esa pólvora gastada en salvas no habría sido mejor administrada encarnando en esos u otros personajes el problema religioso y teológico de la época, del que sólo se allegan cuatro disquisiciones "de manual"?)

Cipriano Salcedo sale del hospicio, recupera fugazmente a su querida aya Minervina, se doctora en leyes (período de su vida que se solventa en una línea), se casa con la "esquiladora" del páramo, va de caza y se dedica al negocio de los zamarros aforrados. Y de ese modo muelle y bien esclarecido por la prosa de Delibes transcurre no sin apacibilidad burguesa una novela que, acaso, son dos: la de los zamarros de Cipriano, por un lado, y la del Auto de fe vallisoletano, por otro.

El preludio de *El hereje* relata un viaje (*a posteriori* absolutamente inverosímil) de don Cipriano por la Alemania reformada en el que llega a entrevistarse con Melanchton: pues bien, ese preludio crea tales expectativas en el lector sobre lo que cree que va a ser la novela, que más de uno sentirá una tremenda decepción cuando observe durante más de trescientas páginas que la narración deriva por derroteros que no tienen nada que ver ni con el título ni con la Reforma, ni con la convulsa situación europea, ni con las aparentes iniciales intenciones de su autor, lo cual ha de redundar, a la postre, en contra del juicio estético global que merece esta novela.

Las virtudes de la misma, por supuesto, no son otras que las que conlleva casi siempre un texto de Delibes, el léxico preciso, la prosa austera y bien timbrada, el sutil análisis, sobre todo, de los comportamientos domésticos, la percepción del espacio, de su querida meseta castellana, los escrúpulos eróticoreligiosos y la burguesa "heterodoxia" del protagonista -hay momentos en que Cipriano Salcedo, como dije al principio, tiene un claro parentesco con el Mario de *Cinco horas*, ambos, en eso, quizá retratos del propio autor.

Todo ello sirve para componer el retrato de un personaje desnortado afectivamente que, en efecto, encuentra, tras la locura y muerte de su esposa, un reducto de fraternidad en la secta reformada que dirige el Doctor Cazalla en su ciudad, histórico personaje, como el Auto de fe, sobre el que elabora Delibes el último tercio de la novela, el más interesante de la misma, no porque el resto no haya sido narrado con la mano maestra y discreta de siempre, sino porque da la impresión de ser innecesario. Un ejemplo: los problemas de esterilidad de padre e hijo, o la venta de los zamarros, ocupan muchas más páginas que el supitaño interés del protagonista por las nuevas corrientes reformadoras; el Concilio de Trento se nombra casi de pasada, al igual que el inicial triunfo del erasmismo en España, y uno no siente en ningún momento que la cuestión religiosa esté "encarnada", desde la verosimilitud y la necesidad, en el entrañable personaje de Cipriano Salcedo.

Y una última cuestión, el efecto final del aya Minervina tirando del ronzal del asno camino del quemadero o los intentos por parte del padre Tablares para que Salcedo pronuncie la palabra "romana" mientras el verdugo sostiene la tea ardiendo... mueve la sensibilidad superficial del lector en un momento dolorosamente trágico y absurdo, pero extraña en quien ha hecho gala tantas veces de contención y de un uso particularmente austero de los recursos narrativos.

> Compone el retrato de un personaje desnortado afectivamente que encuentra un reducto de fraternidad en la secta reformada que dirige el Doctor Cazalla.

Y termino, acaso Delibes se dejó arrastrar por su amor a Valladolid y por su discreta heterodoxia católica para conformar este friso más humano que histórico, más psicológico que religioso, en el que aventuró, con su prosa cencida y tersa, una manera de acercarse a la realidad histórica que no quedará entre lo mejor de su narrativa, a pesar de que muchos la consideran su obra más madura. Dicho sea desde el respeto y hasta relativa admiración por el conjunto de su obra, tanto narrativa como ensayística, en especial en el ámbito ecológico. ■